

Depósitos fundacionales en las cimentaciones mesopotámicas y egipcias

Amparo Graciani García

Desde época sumeria, se extiende en Mesopotamia la costumbre de enterrar en los cimientos material de distinta índole con carácter simbólico con objeto de conmemorar dichas construcciones, de propiciar los buenos augurios de la edificación o simplemente con finalidad apotropaica, constituyendo los conocidos como *depósitos fundacionales*. Como se ha explicitado y como su propio nombre indica, éstos solían emplazarse en los cimientos de los templos, aunque también bajo las puertas o incluso incorporados en los propios muros. Aunque con evidentes diferencias, desde las primeras dinastías, y por tanto en paralelo a la época sumeria, hasta la etapa grecorromana, la civilización egipcia también hace uso de estos depósitos.

El objeto de esta comunicación es realizar una exposición sistemática de las distintas tipologías de material fundacional, utilizando como fuente de información de partida los fondos de tres museos, especialmente el del Louvre de París y en menor medida el Británico de Londres y el de Bagdad; además se insistirá en el valor de tales depósitos como fuente de información para conocer datos relativos a los procesos constructivos y para facilitar la adscripción cronológica y la identificación de edificaciones.

LA TRADICIÓN MESOPOTÁMICA

Para el análisis de los depósitos mesopotámicos, se han establecido los siguientes tipos de elementos que

se pueden incluir en un depósito fundacional: «ladrillos del destino», placas de fundación y clavos de fundación.

Los «ladrillos del destino»

Las piezas más interesantes son, sin duda, los ladrillos fundacionales, que la literatura del momento refiere como «ladrillos del destino» y de la que se desprende la gran importancia que éstas tenían en los rituales sumerios. Por ejemplo, en el Himno al Templo Eninnu, la obra maestra de la literatura sumeria, conservado en los Cilindros A y B en el Museo del Louvre,¹ su presencia es constante, especialmente en la narración del primer y segundo sueño propiciatorio del rey Gudea de Lagash, su protagonista. En el primero, cuando en el cielo, el dios En-lil se presenta a Gudea y le indica que se reconstruya el templo, aparece ya una mención al ladrillo:

El «ladrillo del destino» levantó su cabeza hacia él, / estiró (ávidamente) su cuello hacia él para la construcción del templo puro, / y en aquella visión nocturna, hacia su rey, / cuando Gudea abrió sus ojos sobre su señor Ningirsu, / éste le habló sobre su templo y su construcción: / las grandes «fuerzas divinas» del Eninnu él se las puso ante sus ojos.²

La presencia del «ladrillo del destino» se acentuará más adelante, durante el segundo sueño, al narrar el ritual de consagración del templo. Además se ha-

blaba de placas fundacionales (la segunda modalidad que explicaremos, en este caso una placa de lapislázuli con un plano del templo, un cesto de albañil y un «molde puro», es decir, el utilizado para hacer el «ladrillo del destino»).

Una primera mujer. ¿quién era?, ¿quién no era? / Apareció (luego); sobre la cabeza le sobresalía un apropiado tocado, / en una mano tenía un cálamo de plata pura, / sobre una tablilla en sus rodillas estaban diseñadas las «estrellas del buen cielo»./ Ella la consultaba. / Había un segundo (hombre) como un guerrero, quien, / poderoso en fuerza, sujetaba una placa de lapislázuli en la mano, / sobre la cual establecía el plano de un templo. / Delante de mí se hallaba una cesta pura, / se había dispuesto un molde puro, / se había colocado el «ladrillo del destino» dentro del molde para mí.

La ceremonia incluía, entre otros ritos, la comprobación de que el ladrillo emplazado en el depósito fundacional era el originario, «el divino», con lo que se aseguraban así los buenos augurios:

La cesta pura colocada delante de ti, el molde puro del ladrillo dispuesto / el «ladrillo del destino» colocado dentro del molde / era realmente, el ladrillo sagrado de Eninnu.

El sueño continúa con el ritual de la colocación del «ladrillo del destino»:

Gudea en el Baragirnunna / dejó reposar su corazón. / El día había pasado, se bañó; / arregló sus vestidos como era debido, / Utu salió para él de las nubes de la abundancia. / . . . entró en la ciudad purificada, / ofreció un toro perfecto, un cabrito perfecto, / fue al templo, levantó la mano hasta la boca. / en la caja del molde del ladrillo vertió agua propicia / (y el agua le) sonó al gobernante como *instrumentos* sin y ala; / mojó en el hoyo de los ladrillos la capa de arriba, / añadió miel, crema y aceite noble, suave, / perfume bulaq, perfume pi y juncos; / trabajó la pasta.

Levantó la sagrada cesta, la acercó al molde; / Gudea metió barro en el molde, / hizo aparecer «la cosa apropiada»./ hizo surgir brillantemente el ladrillo para el templo . . . / Golpeó el molde, sacó el ladrillo para que se secase . . . / levantó el ladrillo: / era como una corona pura que lleva An; / alzó el ladrillo, entre su pueblo, lo llevó (allí) . . . / situó el ladrillo, midió a pasos el templo, / estableció el diseño del templo / (como un auténtico) Nisaba, que conoce el sentido de los números.

Campbell y Will (Campbell y Will 2004, 33) recogen otro texto de una ceremonia fundacional:

(El rey) depositó el agua bendita en el armazón del molde del ladrillo. Para el soberano unos tambores y un timbal (?) acompañaban al canto *adab*. Colocó el sello del ladrillo de manera que (el lado inscrito) estuviera hacia arriba; lo roció con miel, mantequilla y crema; mezcló ámbar gris y esencia de toda clase de árboles e hizo una pasta. Levantó la impecable cesta y la depositó delante del molde, actuó exactamente como estaba escrito y observó cómo se creaba el ladrillo más hermoso de la casa. Mientras tanto, todos los allí presentes rociaban aceite y esencia de cedro, mientras él dejaba que su ciudad . . . se regocijara. Golpeó el molde del ladrillo: el ladrillo salió a la luz del día. Miró con enorme satisfacción el sello en la arcilla . . . lo untó con esencia de ciprés y ámbar gris. El dios del sol se regocijó con (su) ladrillo, lo había puesto en el molde que se elevó como la crecida de un río.

Ceremonias rituales similares a la narrada en el Cilindro A de Gudea se representan en numerosas placas conmemorativas del inicio de la construcción de un templo que se conservan, unas placas agujereadas en su centro en las que el rey, precediendo a personajes importantes, lleva sobre su cabeza una cesta con ladrillos, precisamente, *ladrillos del destino*.

El papel del ladrillo en estas ceremonias no era más que una muestra de la importancia de éste tenía para las culturas mesopotámicas. De hecho, el ladrillo simbolizaba la construcción; la propia palabra (*sig* en sumerio) también significaba *edificio* y *ciudad*, e incluso era el nombre del dios de la construcción. El primer ladrillo representaba así al dios de la construcción, al que en los rituales se hacían ofrendas de comida y bebida.

A partir de la constatación arqueológica de la presencia de estos ladrillos desde época neosumeria, correspondiendo concretamente al reinado de Gudea de Lagash (2120 a.C.) dentro del periodo de la fase de la Supremacía Gútea, podemos pensar que es en este momento cuando empieza esta costumbre, lo que implicaría que sería coetánea a la realización del Cilindro A, cuando sin embargo, por la complejidad del ritual parece que es ya es tradición.

Esta tendencia se mantiene en los distintos periodos posteriores. Por ejemplo, de época paleobabilónica en el Louvre se conserva uno procedente del templo de Shamash, dios del sol y la Justicia, en

Mari, donde se refiere la obra de Yahdum-Lín, rey de la ciudad (1825–1810 a.C.);³ en los cimientos de este templo se encontraron diversos ejemplares de ladrillos de fundación con una interesante inscripción histórica y religiosa (de 157 líneas) que, descubierta en 1953, fue estudiada en 1955 por Dossin (1955, 1–28; Parrot 1969, 345). También en el Louvre hay ejemplares asirios de distintas épocas: uno del Palacio de Nimrud de Assurnasirpal II (883–859 a.C.)⁴ y siete de época de Sargón II (721–705 a.C.),⁵ de procedencia desconocida.

Tales ladrillos resultan una fuente de información básica por las inscripciones que presentan. Los textos inscritos, realizados o mano o estampados a molde, suelen ser alabanzas a los dioses titulares de las edificaciones, explicando el uso y la finalidad de ésta, o bien a los soberanos que en el futuro habrán de restaurar dichos edificios. En ocasiones los propios moldes de estampación se incorporan a los depósitos fundacionales, lo que se justificaría por la importancia que como garantía de autenticidad les asignaba el Himno al Templo Eninnu; así, en el Louvre se conserva un ejemplar de molde de terracota para estampar inscripciones en ladrillos de fundación procedente del templo del dios Soleil, en Larsa, h. 1850 a.C.⁶

Las placas de fundación

Desde mediados del tercer milenio a.C., concretamente desde finales del Protodinástico (Protodinástico III),⁷ empiezan a utilizarse también placas de fundación, de piedra, barro, y menos comúnmente de cobre. La importancia del ritual de inicio de la construcción justifica que se empleara en estas placas un material como la piedra, tan poco habitual en la Baja Mesopotamia, en Summer, por la ausencia de canteras en la zona.

Aunque algunas placas o tablas de fundación son anepigráficas, es decir, sin inscripciones, las más frecuentes son inscritas. Estas últimas, a las que de modo amplio se las conoce como *documentos de fundación*, son además las más interesantes como testimonio y fuente de información histórica en general y sobre procesos constructivos en particular. La costumbre de incluir en los depósitos fundacionales *documentos de fundación*, es decir placas epigráficas, no era exclusiva de Mesopotamia a finales del tercer milenio a.C. De hecho, su uso también está constata-

do entre los hurritas, quienes, en cualquier caso utilizaban placas metálicas con más frecuencia; por ejemplo, en el Louvre se conserva un ejemplar de cobre y piedra de un templo dedicado al dios Nergal por Tishatal, príncipe de Urkish, hallado en Bassin du Habur, que tiene el interés intrínseco de incluir el texto más antiguo existente en lengua hurrita.⁸

Concretamente, las pétreas se realizaban por lo general en caliza y de modo ocasional en clorita (de forma exclusiva⁹ o mixta) e incluso en lapislázuli, una piedra muy preciada en la época y que, como se refleja en el Cilindro A de Gudea, se empleaba durante los rituales fundacionales; entre ellas destaca la serie de placas anepigráficas que se conserva en el Louvre procedente del Templo de la diosa Istar en Mari, realizadas en piedra caliza y lapislázuli entre el 2500 y el 2400 a.C.¹⁰ Cuando se trata de piezas de lapislázuli, evidentemente sus dimensiones son menores, entre 4 y 5 cm de altura.¹¹ También las realizadas en clorita son algo más pequeñas que las de piedra caliza, no superando los 10 cm de altura.¹²

Considerando la omnipresencia del barro como material en las distintas facetas de las culturas mesopotámicas, es lógica la existencia en los distintos periodos históricos de placas epigráficas en barro cocido; por ejemplo, en el Louvre se conserva una de finales del siglo XIX a.C., dedicada a la construcción del templo de Dagán en Terqa por Samsi-Addu,¹³ y también alguna del periodo asirio.¹⁴

Sin embargo, las placas cerámicas no fueron las más habituales en los edificios especialmente significativos. De hecho, por su excepcionalidad, se optará por materiales más singulares y menos frecuentes en la zona como son la piedra y metales como el bronce, el cobre y más raramente oro y plata.

Entre las placas epigráficas pétreas del Protodinástico, destacan dos, hoy conservadas también en el Louvre,¹⁵ que datan del tercer milenio a.C. y que fueron halladas en Tello, en ambos casos correspondientes al reinado de Eanatum. La primera, de 29 × 19,50 × 18 cm, presenta una inscripción en sumerio (recogida y transcrita en el Catálogo del Museo) en la que se enumeran las construcciones realizadas por el príncipe con ocasión de sus victorias; está dedicada al dios Ningursu, titular del estado de Lagash, y está fechada hacia el 2450 a.C.¹⁶ La otra, algo más pequeña, de 20,50 × 14,50 × 7,20 cm y también un poco más tardía (h. 2400 a.C.), procede del gran templo de la villa de Bab-Tibira.¹⁷

Del periodo neosumerio (concretamente del reinado de Gudea de Lagash) se conserva en el Louvre una placa calcárea procedente de Tello con dedicatoria a Inanna y de 12,30 × 8,30 × 3,30 cm.¹⁸

La tradición continúa en época paleobabilónica, contándose también con ejemplos de distintos reyes de Larsa (Warad-Sîn, h. 1830 a.C.;¹⁹ Kudur-Mabuk y de Rîm-Sîn de Larsa, h. 1820 a.C.)²⁰ y con algunos de Hammurabi (a comienzos del siglo XVIII a.C.) relativos a la construcción de canales²¹ y al templo de Borsippa.²²

Las metálicas son menos frecuentes. Los primeros ejemplos corresponden a placas de comienzos del XVIII a.C. realizadas en cobre,²³ aunque las más interesantes son asirias. Concretamente, se trata del depósito fundacional del Palacio del rey Sargón II (721–705 a.C.) en Khorsabad, antiguo Dûr-Sharrukîn, que aparecieron dentro de un cofre de piedra enterrado en la cimentación palaciega. El depósito está integrado por placas son de cobre, de plata y magnesita (carbonato de magnesio). Con algunas variantes, insistiendo en la titularidad y el patronazgo real, sus inscripciones evocan la construcción de la ciudad, sus palacios y sus templos, con indicación expresa de los materiales empleados tanto en las obras de edificación como en las tareas de ornamentación; la información se acompaña de maldiciones a quienes destruyeran las obras realizadas por el monarca.²⁴

Esta tradición se perpetuaría con los persas aqueménidas. Así, en el Palacio de Persépolis (Fars), se han encontrado depósitos fundacionales en las distintas salas que han permitido datarlas y adscribir las en reinados. De ellos, el más interesante —hallado por Krefter— corresponde a la Apadana del palacio (que era una réplica de la de Susa); una vez franqueada la Puerta de los Propíleos de Jerjes I (s. V a.C.), a finales del siglo VI a.C., el rey Darío hizo colocar en dos puntos de los cimientos sendos cofrecitos de piedra que contenían cada uno dos placas de fundación, una de oro y otra de plata, que estaban acompañadas de algunas monedas. En estas placas, hoy conservadas en el Museo Arqueológico de Teherán, aparece inscrito un texto, grabado en tres lenguas —en viejo persa (diez líneas), elamita (ocho líneas) y babilónico (siete líneas)— en boca del propio rey:

Darío, el Gran Rey, Rey de Reyes, Rey de los países, el hijo de Vishtaspa, el Aqueménida. El rey Darío dice:

«Este es el reino que yo poseo desde el país de los Sakas que se encuentran a este lado de la Sogdiana hasta Kush, desde la India hasta Sardes. He aquí lo que me ha concedido Ahura Mazda, el más grande de los dioses. Que Ahura Mazda me proteja, así como a mi casa» (Ghirshman 1964, 156).

En otros puntos del Palacio, los depósitos están compuestos por placas pétreas enterradas como concención de la zanja de cimentación. Así sucede en la Sala 16 donde se encontraron los siete documentos fundacionales realizados placas pétreas cuadradas de época de Jerjes. En otras salas, sin embargo, los documentos fundacionales aparecen integrados en los paramentos; por ejemplo, en la Fachada Sur de la Terraza, donde Darío I colocó la inscripción fundacional en elamita y babilonio.

Los clavos de fundación

Los clavos de fundación son unas figuras terminadas en vértice agudo (punta) que quedaban insertas en el firme de cimentación o bien clavadas en los muros de la construcción. Unos son en forma de cono, mientras que otros representan figuras humanas; se realizan bien en metal (cobre o bronce) como en terracota, con independencia del tipo de que se trate.

La costumbre de introducir clavos de fundación es coetánea a la aparición de las otras modalidades de piezas fundacionales, habiendo ejemplares constatados desde época Protodinástica, a mediados del tercer milenio a.C. Desde entonces se mantiene existiendo ejemplos hasta época de Hammurabi, aunque la mayoría de los conservados en los fondos museísticos analizados corresponden al tercer milenio a.C.

Los clavos de fundación a modo de cono aparecen desde mediados del tercer milenio a.C.,²⁵ conservándose en el Museo del Louvre ejemplares de las época de Gudea,²⁶ Sîn-Kâshid de Uruk²⁷ (s. XIX a.C.) y Hammurabi (s. XVIII a.C.).²⁸

En el caso de clavos de fundación con forma de figurillas, sobre las cuales Buren aportó las primeras consideraciones sobre el tema (Buren 1930, 1931), las dimensiones varían según el material, siendo evidentemente mayores los de barro cocido que los de metal, que alcanzan en torno a 12 cm de altura y 6 cm de diámetro. Los de terracota, al menos en los conservados en el Louvre, admiten más oscilaciones, entre 30 y 20 cm de altura y 13 y 9 cm de diámetro.²⁹

Como en el caso de los clavos en forma de cono, los primeros documentados corresponden al Protodinástico y se trata de ejemplares en cobre de la primera mitad del tercer milenio a.C. Concretamente son las halladas en el Templo de Girsu (Tello), del Protodinástico II (h. 2700–2600 a.C.)³⁰ y las de época de Ur-Nanshe de Lagash (h. 2550–2500 a.C.), algo posteriores, del Protodinástico III.³¹

Normalmente representan a genios, dioses o reyes portando herramientas de construcción, como por ejemplo de un martillo,³² un clavo³³ o una cesta de constructor. La figura que porta una cesta suele corresponder a un rey; esta iconografía aparece también en las estelas de la época y ha de ser contextualizada en el complejo ritual de iniciación de la construcción. Recuérdese el *Himno al Templo Eninnu*:

Delante de mi se hallaba una cesta pura, / se había dispuesto un molde puro, / se había colocado el «ladrillo del destino» dentro del molde para mi

La cesta pura colocada delante de ti, el molde puro del ladrillo dispuesto / el «ladrillo del destino» colocado dentro del molde / era realmente, el ladrillo sagrado de Eninnu

(Gudea) . . . La cesta pura, el molde idóneo del ladrillo del destino / (los recogió para él) Eninnu; miel (y cerma portaba en un cubo), / con la cabeza ergida caminé; / Lagalkurdub iba delante, / Igalima le guiaba el pie, / Nin-gizzida, su dios, / le tenía asido por la mano

Levantó la sagrada cesta, la acercó al molde; / Gudea metió barro en el molde

Los ejemplos que tenemos de estas figurillas representando a reyes portando la cesta del constructor son Gudea,³⁴ Urnamu y Amar-Sin de Ur.³⁵

Menos comunes son las representaciones animales sobre clavos; hemos documentado un ejemplar en cobre procedente de Tello (h. 2120 a.C.) de que representa a un toro³⁶ y otro de una figurilla con cabeza de león y patas de rapaz.³⁷ En el Británico también existe algún ejemplar, concretamente procedente de Zerghul, en el reino de Lagash (h. 2130 a.C.).³⁸ En el mundo hurrita, en el que también encontraremos casos de clavos de fundación el tema animal era más frecuente.³⁹

LA TRADICIÓN EGIPCIA

Aunque con claras diferencias, esta tradición de colocar depósitos fundacionales con la finalidad mági-

ca de asegurar la pervivencia de la obra en el tiempo estuvo presente en otras culturas orientales de la Antigüedad. En Egipto, la costumbre se extiende desde las Primeras Dinastías en el Imperio Antiguo hasta la época cristiana, por lo que son coetáneos a los mesopotámicos (que se remontan al tercer milenio a.C.); un recorrido por los Museos del Louvre, Británico, de Bagdad y especialmente por el de El Cairo, donde se conservan muchas y buenas colecciones, permitirá constatar que los ejemplos más interesantes corresponden al paréntesis que transcurre entre el Imperio Nuevo (concretamente desde la dinastía XVIII, momento en que se produce una diversificación tipológica) y la Época Saíta (s. II a.C.). El hecho de que fuera precisamente en la Dinastía XVIII cuando se acentuaron las relaciones comerciales y bélicas con el Oriente Mesopotámico puede hacernos pensar que este hábito en Egipto no se potenciara por generación espontánea sino como resultado de una proyección exterior adaptada a las formas, tipologías y necesidades constructivas del país y, por tanto, con las evidentes diferencias respecto a Mesopotamia ya referidas.

En la construcción egipcia —como también en la mesopotámica— la costumbre de introducir depósitos fundacionales en las cimentaciones se asociaba generalmente a los templos, emplazándose en los ángulos del conjunto o de alguna de sus partes (salas hipóstilas, patios, santuarios), bajo los pilonos o bajo los paramentos de los ejes axiales del templo. Sin embargo, también los encontramos en palacios (como en la Persia Aqueménide), en ciudades y fortalezas y en algunas tumbas reales; por ejemplo, en algunas tumbas del Valle de los Reyes de las dinastías XVIII y XX han aparecido excavados en la orografía pozos con depósitos fundacionales al comienzo de la entrada de acceso de los speos, bien uno a cada lado ambos lados de ella (incluso ocasionalmente más de uno) o bien uno en el centro de su eje axial, estando los pozos sellados con placas de caliza o simplemente rellenos de tierra.⁴⁰

La presencia de los depósitos fundacionales en los templos obedecía a unas complejas ceremonias de iniciación de la construcción, frecuentemente representadas, que conllevaban en el tendido de la cuerda (*pedj-shes*) y, como rito principal, el replanteo de la obra, además de la purificación del solar, la excavación de la primera zanja de cimentación, el vertido de arena sobre la cimentación, el modelado del pri-

mer ladrillo o de los primeros ladrillos y, finalmente, el enterramiento de los depósitos fundacionales. En la imagen, recogida por Clarke y Engelbach (Clarke y Engelbach 1930, 61), aparece parte de la ceremonia correspondiente al Templo de Edfu, en la que el rey y el dios Saftkhet marcan los límites del templo, corta la primera cuerda, vierte semillas o granos de incienso en la zanja de cimentación y moldea el primer adobe.⁴¹

Los depósitos fundacionales se situaban dentro de un pozo cuyo diámetro, desde el Imperio Medio, cuando ya empiezan a hacerse mayores, oscila entre 1 y 2 metros; por ejemplo, el de la imagen, correspondiente al Templo de Hatshepsut en Deir er Bahari, es de catorce hiladas de ladrillo, un metro aproximadamente de diámetro y una profundidad que oscila entre 1,5 y 1,8 m. La disposición de las piezas del depósito no obedece a unas reglas fijas aunque Clarke y Engelbach apuntan a la existencia de unas ciertas tendencias en cada época (Clarke y Engelbach 1930, 61).

También difieren en el material. En Egipto, los materiales de las piezas de los depósitos fundacionales suelen ser comunes (predominando la arcilla, la piedra, la fayenza y la madera) y raramente son de materiales costosos o excepcionales, contrariamente a lo que sucede en Mesopotamia. Otra importante diferencia es que los objetos fundacionales egipcios no suelen presentar inscripciones; cuando las tienen casi siempre corresponden a los Imperios Medio y Nuevo y consisten sólo en el nombre del faraón promotor de la obra y del dios titular (con la fórmula habitual de «el buen rey (nombre del rey), bajo (nombre de la divinidad), Señor de (nombre de la Ciudad o del Templo)», o bien, en figurillas y piezas cerámicas de la Dinastía XII, listados de los enemigos del reino Egipto a los que se derrotaba simbólicamente enterrándolos bajo la edificación).

En especial, se diferencian en las tipologías; aunque en ocasiones consisten sólo en animales sacrificados, por ejemplo cabezas de bueyes y gansos, estos depósitos pueden incluir una amplia variedad de elementos, acentuándose la diversidad tipológica a partir del Imperio Nuevo. Se disponen entre otros:

- Vajillas, vasijas y objetos de ajuar funerario y ritual (por ejemplo, vasos para ofrendas alimenticias) realizados en piedra o en fayenza. En algunos templos, todo el depósito fundacional es de cerámica rojiza común.

- Ofrendas alimenticias, generalmente, como sucede en las tumbas del Valle de los Reyes de las Dinastías 18 y 20, carne, verduras y vegetales.

Amuletos (entre ellos escarabeos).

- Placas votivas, inscritas con el nombre del faraón, por lo general realizadas en fayenza y es-teatita. Estas placas proliferan a partir del Imperio Nuevo.⁴²
- Collares de cuentas.
- Piezas a escala, a modo de pequeñas maquetas, de materiales de construcción y de herramientas y medios auxiliares.

Este último grupo de elementos es especialmente interesante. Entre los materiales, y pese a la envergadura determinante de la construcción monumental en piedra en Egipto frente al papel secundario del ladrillo en la construcción representativa, es mucho más frecuente la inclusión de ladrillos, e incluso de moldes de ladrillo realizados en madera, que de sillares.

La presencia de los ladrillos en estos depósitos, bien de dimensiones reales o a escala, cobra especial importancia a partir del Imperio Nuevo, momento en que éstos empiezan a proliferar, y abundan en especial a partir de la época tardía. Sin embargo, consta desde los primeros momentos; de hecho, uno de los ritos de la ceremonia de inicio de la construcción era, como también lo era en Mesopotamia, la elaboración en presencia de los dioses del primer ladrillo por parte del monarca; sin duda, en recuerdo de los orígenes de la construcción monumental en barro, contemporáneamente a la gestación de la mitología egipcia. Por ello no es extraño la presencia de moldes de ladrillo y de piezas en los depósitos.

Suelen estar inscritos, al coincidir su proliferación con la de las propias inscripciones. Se realizan en distintos materiales, desde barro como los del depósito de Deir el-Bahari,⁴³ fayenza y fayenza silicosa.

En general, el ladrillo tenía un valor simbólico y mágico más amplio para los egipcios y se vinculaba a otros rituales. Por ejemplo, conocemos por la literatura y por algún testimonio arqueológico de reciente aparición,⁴⁴ que durante el parto las mujeres apoyaban sus pies en sendos *ladrillos del nacimiento* (*birth brick*), en realidad adobes, persiguiendo con ello obtener la protección del dios Meskhenet, representado con forma de ladrillo y cabeza humana.

A partir del Imperio Nuevo, entre 1550 y 1079 a.C., el ladrillo pasó a formar parte de otro ritual, en este caso vinculado a la edificación constituyendo un tipo muy especial de ladrillos fundacionales, los llamados *ladrillos mágicos*. Consistían en cuatro piezas que se embutían en los paramentos de las tumbas para proteger al difunto de las fuerzas malignas y de los enemigos del dios Osiris, orientándolas a los puntos cardinales y próximos a los ángulos de la edificación y que se remataban con figuras de dioses o amuletos con finalidad apotropaica, que quedaban salientes en el paramento⁴⁵. En las tumbas del Valle de los Reyes puede apreciarse el emplazamiento de éstos en los huecos quedados en los paramentos; concretamente, el *Thebban Mapping Project* ha detectado este recurso en doce de las tumbas excavadas en el Valle.

A partir del Imperio Medio, también se incluyen pequeños modelos de herramientas y medios auxiliares con los que se pretendía asegurar la conservación y la permanencia de la obra para la eternidad. Entre las herramientas se encuentran hachas, azuelas, rodillos, y herramientas como cinceles de cantero y albañil, escoplos o llanas de cobre.

Entre los medios auxiliares aparecen estaquillas de replanteo, trineos, cestas para transporte de material, moldes para fabricación del ladrillo, . . . La importancia de la piedra en la construcción monumental egipcia, quedando prácticamente relegado el uso del adobe a la edificación popular y a elementos secundarios de las construcciones monumentales, determinó la aparición en el Imperio Nuevo de esta tipología de material fundacional, insistiéndose en las operaciones de replanteo de la obra y en la complejidad y la envergadura del transporte de material pétreo, perviviendo sólo el recuerdo de la construcción monumental en barro en los moldes de ladrillo, que en cualquier caso, como ya hemos referido, se asocian a la ceremonia ritual de iniciación de la construcción.

Precisamente, la ausencia o presencia de herramientas y medios auxiliares concretos en estos depósitos fundacionales facilita las interpretaciones sobre los procesos constructivos y la ejecución; por ejemplo, gracias a las maquetas de trineos o balancines aparecidas en depósitos como el del hemiespeo de Deir er Bahari (de 23,9 cm) se ha podido corroborar su uso para el transporte de bloques si bien, al no existir ningún ejemplar original, se ignora sus dimensiones reales. Sin embargo, Clarke y Engelbach lla-

maban la atención sobre la ausencia en los depósitos fundacionales hallados hasta la fecha (1930) de maquetas de los barcos que debían emplearse para el transporte de la piedra a través del Nilo, a pesar de que se conocen cientos de dibujos, relieves y ejemplares de éstos (Clarke y Engelbach 1930, 44–45).

Haciendo un rápido recorrido cronológico y tipológico por los depósitos de cimentación egipcios podemos plantear la siguiente síntesis.

En el Imperio Antiguo los depósitos se limitaban a ofrendas de alimentos y vasijas de terracota, que se colocaban en pequeños pozos circulares.

Con el Imperio Medio, cuando además los pozos de depósito se hacían ya mayores, se incorporaron también maquetas de herramientas y adobes, muchas veces con inscripciones en su interior. Además, empiezan a proliferar los elementos inscritos; en tales casos, sólo incluían el nombre del faraón promotor de la obra y del dios al que se dedicaba. Estas inscripciones normalmente seguían la fórmula de «El buen rey (nombre del rey) tras (nombre del dios), Señor de (nombre de la Ciudad o del Templo)».

En el Imperio Nuevo, a partir de la Dinastía XVIII, se observan dos cambios, bien ejemplificados en el depósito del hemiespeo de Hatshepsut en Deir er Bahari, sin duda uno de los más interesantes y completos. El primero, una mayor diversidad de objetos, pues a los ya habituales (ofrendas alimenticias, vasijas cerámicas, maquetas de herramientas) se añaden también pequeñas vasijas y jarras, collares de cuentas y plaquetas de fayenza y esteatita. El segundo, la utilización de materiales muy diversos (oro, plata, cobre, bronce, plomo, cerámica, fayenza, lapislázuli, esteatita, calcita, alabastro, yeso, gres, granito, coralina, cuarcita, . . .) existiendo normalmente una relación entre la tipología y forma del objeto y el material; por ejemplo, las jarras suelen ser de alabastro; la vajilla común de cerámica⁴⁶ y cestería; los botes de ungüentos y aceites perfumados de calcita y a menudo están inscritos con el nombre de quien lo consagra y con el contenido representado; las maquetas de herramientas son de caña, madera, metal (cobre y bronce) y piedra, habiéndose encontrado incluso de fayenza; las plaquetas, que suelen llevar el nombre del propietario, son normalmente de piedra y fayenza.

El más representativo de los depósitos fundacionales del Imperio Nuevo es el del templo de Deir el-Bahari del reinado de Hatshepsut (Dinastía XVIII) fechado entre 1479 y 1457 a.C., del que se conservan

algunas piezas en el Museo del Louvre.⁴⁷ Está integrado por ofrendas alimenticias, escarabajos, amuletos, jarras de travertino, materiales de construcción (como ladrillos inscritos y moldes de ladrillo y maquetas de herramientas de cantería de cobre (algunas como los mazos, con mango de madera), maquetas de materiales de replanteo (por ejemplo, «estaquillas de replanteo») y de medios auxiliares como balancines para transporte de bloques pétreos y como las que se aprecian en la imagen.

En el Periodo Ramesida, durante la dinastía XIX, se observa un importante cambio; el número de objetos se incrementa y pero el tipo de depósito se hace más uniforme; normalmente son muchas piezas pequeñas de piedra y, generalmente de fayenza, con largas inscripciones, como las que se encuentran en el templo mortuorio de Tausret, Nebunnef o Merenptah.

En el Tercer Periodo Intermedio se emplean pequeñas placas de cobre, bronce o fayenza y modelos de vasijas cerámicas; de este periodo no existen muchos ejemplares aunque los de Tanis son muy conocidos.

En la Época Tardía son piezas inscritas en miniatura de piedra y metal (modelos de ladrillos, plaquetas, vasijas cerámicas, . . .), lo que se mantiene en la etapa ptolomaica como se evidencia depósitos que se conservan en el Museo del Louvre.⁴⁸ En el periodo griego la influencia helénica se hace patente en la aparición de inscripciones bilingües en las piezas.

LISTA DE REFERENCIAS

- Blanco Freijeiro, Antonio. 1972. *Arte Antiguo de Asia Anterior*. Universidad de Sevilla.
- British Museum 1922. *A guide to the Babylonian and Assyrian antiquities*, 3rd. Ed. London: British Museum.
- Buren, E. Douglas Van. 1930. *Clay Figurines of Babylonia and Assyria*. New Haven: Yale University Press.
- Buren, E. Douglas Van. 1931. *Foundation figurines and offerings*. Berlin: Hans Schoetz et Cie.
- Campbell, James W. P. y Will Pryce. 2004. *Ladrillo. Historia Universal*, 22–37. Blume.
- Clarke, Somers and R. Engelbach. [1930] 1990. *Ancient Egyptian construction and architecture*. 45, 60 y 94. Oxford: Oxford University Press.
- Carter, T. H. 1962. *Studies in Kassite History and Archaeology*. Ann Arbor: Univerity Microfilms Intern.
- Córdoba Zoilo, Joaquín. 1986. La aventura de los casitas. *Koiné*. Revista del Patrimonio Histórico, 5: 23–36.

- Davey, Norman. 1967. *Historia de la Construcción*. Barcelona: Jano.
- Delougaz, P. 1933. *Planoconvex Bricks and the Method of their Employment*. Chicago.
- Dossin, Georges. 1955. L'inscription de fondation de Lahun-Lim, roi de Mari. *Syria*, 22: 1–28.
- Frankfort, Henry. 1982. *Arte y Arquitectura del Oriente Antiguo*. Madrid: Manuales de Arte Cátedra.
- Graciani García, Amparo. 1992. *Mesopotamia. Problemática y consideraciones generales para un estudio de la construcción*. Universidad de Sevilla.
- Ghirshman, Roman. 1964. *Persia. Protoiranos. Medos. Aqueménidas*. Colección El Universo de las Formas. Madrid: Aguilar.
- Lara Peinado, Federico, ed. 1996. Himno al Templo Eninnu, Cilindros A y B de Gudea. Madrid
- Marzahan, Joachim. 1992. *The Istar Gate. The Processional Way. The New Year Festival of Babylon*. Staatliche Museen zu Berlin. Vorderasiatisches Museum.
- Parrot, André. 1969. *Sumer*. Colección El Universo de las Formas. 4ª ed. Madrid: Aguilar.
- Parrot, André. 1970. *Assur*. Colección El Universo de las Formas. 3ª ed. Madrid: Aguilar.
- Porter, Robert Ker. 1821–22. *Travels in Georgia, Persia, Armenia, ancient Babylonia during the years 1817–1818, 1819 and 1820*, 2 vols. London.
- Roaf, Michael. 2000. *Atlas cultural de Mesopotamia y el Antiguo Oriente Medio*. Barcelona: Óptima (ed. Esp.).
- Ruiz de la Rosa, José Antonio. 1987. *Traza y Simetría de la Arquitectura. En la Antigüedad y el Medioevo*. 38–42 y 48. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- Shaw, Ian; Nicholson, Paul. 1995. *The Dictionary of Ancient Egypt*. Harry N. Abrams, Inc., Publishers.
- Shaw, Ian. 2000. *The Oxford History of Ancient Egypt*. Press.
- Thureau-Dangin, F. 1921. Numération et Métrologie Sumériennes. *Reveu d'Assyr. et d'Arch. Orientale*, vol. 18, vol. 3: 123–142.
- Wilkinson, Richard H. 2000. *The Complete Temples of Ancient Egypt*. Thames and Hudson, Ltd.
- Woolley, Leonard C. 1953. *Ur, la ciudad de los caldeos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Yarza Luaces, Joaquín. 1997. Fuentes de la Historia del Arte I. En *Historia 16, Conocer el Arte*, 21. Madrid.

ABREVIATURAS

- M.L.P. (Fr.). Museo del Louvre. París (Francia). A.O (Département des Antiquités orientales)
- B.M. L. (G.B.) British Museum. Londres (Gran Bretaña). ANE (Department of Ancient Near East).

NOTAS

1. M.L.P. (Fr.) MNB 1511, MNB 1512.
2. Transcrito de Yarza Luaces (Yarza 1997, 39–40) quien comenta el contenido del Himno apoyándose en la edición de Lara Peinado (1996), una de las muchas que se han realizado.
3. ML, P. (Fr.) AO 21.815.
4. M.L, P (Fr.) AO 31.553.
5. ML, P. (Fr.) AO 10.620.
6. ML, P. (Fr.) AO 27.586.
7. Los ejemplares más antiguos que hemos localizado corresponden a este periodo (ML, P. (Fr.) AO 22.246, AO 18.465, AO 18.466, AO 18.467, AO 18.468, AO 18.469, AO 19.500).
8. ML, P. (Fr.) AO 19.937 y 19.938.
9. Tableta de fundación de Amar-Sin, rey de Ur, dedicada a la diosa de la luna, Nanna, (h. 2040 a.C.) M.L, P (Fr.) AO 3.143; Tableta de fundación de Shulgi, rey de Ur, dedicada a la diosa Nansh, procedente de Tello. M.L, P (Fr.) MNB 3.163.
10. Cifr. nota 7.
11. M.L, P (Fr.) AO 22.246. Mide 4,5 cm (h.), 3,10 cm (l.) y 1,60 cm (gr.)
12. Cfr. nota 9. La procedente de Tello mide 9,30 cm (h.), 6,30 cm (l.) y 1,60 cm (gr.) M.L, P (Fr.) MNB 3.163.
13. ML, P. (Fr.) AO 4.628.
14. M.L. P. (Fr.) NIII 3.156. Reinado de Sargón II (706 a.C.). Terracota.
15. No son las únicas. Otro ejemplo, del mismo Museo (h. 2500 a.C.) es: M.L, P (Fr.) AO 2.784.
16. M.L, P (Fr.) AO 2.677.
17. M.L, P (Fr.) AO 24.414.
18. M.L, P (Fr.) MNB 1.375.
19. M.L, P (Fr.) AO 3.003 bis, AO 3.005. Tableta procedente del templo de la diosa Ninisina.
20. M.L, P (Fr.) AO 4.412. Procedente de un templo de la diosa Nanaia.
21. M.L, P (Fr.) NIII 3.489.
22. M.L, P (Fr.) MNB 1.847.
23. Tabla de fundación procedente del templo de la diosa Ninegal por Simat-esthar, esposa de Rîm-Sîn, rey de Larsa. M.L, P (Fr.) AO 17.599.
24. M.L, P (Fr.) AO 19.933, AO 21.371.
25. M.L, P (Fr.) AO 24.409. Procedente del Templo de Ist-har en Mari.
26. Procedentes del templo de Grisú (Tello). Sus inscripciones están advocadas a distintas divinidades. (M.L, P (Fr.) Ningirsu (AO 472, AO 515), Baú (AO 20.891), Igalim (AO 468), Gatumdu (AO 461), Nindara (AO 453) y Nergal (AO 715). Long. 21,30 cm; diám. 9,10 cm.
27. M.L, P (Fr.) AO 6.612. Terracota. Procedente del palacio real.
28. M.L, P (Fr.) AO 3.277. Terracota;
29. M.L, P (Fr.) AO 3.004. Época de Entemena de Lagash (h. 2400 a.C.) hallada en Tello. Altura: 27 cm y Diámetro: 12,70 cm. Terracota; M.L, P (Fr.) AO 472, AO 515, AO 20.891, AO 468, AO 461, AO 453, AO 715. Época de Gudea de Lagash (2120 a.C.) halladas en Tello. Altura: 21,30 cm y Diámetro 12,70 cm.
30. Figurillas de fundación del templo de Girsu (Tello). Cobre. Dinastías arcaicas II. (h. 2700–2.600 a.C.) M.L, P (Fr.) AO 319, AO 3.870, AO 3.871.
31. M.L., P. (Fr.), AO 2.351, AO 294. Cobre.
32. Por ejemplo los ejemplares de terracota N 8.282 y N 8.283 con las siguientes medidas, respectivamente: altura 23 cm y 23,60 cm; longitud 10,30 cm y 8,90 cm; Prof. 4,30 cm y 5,80.
33. M.L., P. (Fr.), AO 311. Cobre. Procedente de Tello (h. 2130 a.C.).
34. M.L, P (Fr.) AO 258. Procedente de Tello. Cobre (h. 2120 a.C.). h. 24,40 cm; l. 7,20 cm.
35. M.L, P (Fr.) AO 3.142. Cobre (h. 2040 a.C.). Dedicado por Gudea a Inanna; tiene 22 cm de altura, 10,80 cm de l y 4,30 cm de Pr.
36. M.L, P (Fr.) AO 1.374. h.: 22 cm; l: 10,80 cm; gr. 4,30 cm dedicado por Gudea a la diosa Inanna.
37. M.L, P (Fr.) N 8.287.
38. M.B.L. (G.B.) ANE 135.993.
39. M.B.L. (G.B.) AO 19.937 y AO 19.938. Documento de fundación hurrita. Finales del II milenio a.C. Dedicado al dios Nergal por Tishatal, príncipe de Urkish. Piedra caliza y cobre.
40. Estos depósitos han sido analizados por el TMP (*Theban Mapping Project*), creado en 1978 con la finalidad de generar una base de datos arqueológica de Tebas y que actualmente dirige Kent R. Weeks.
41. Imagen extraída de Rochemonteix-Chassinat, *Le Temple d'Edfou*, PL. XI.
42. Por poner algún ejemplo: M.L.P. (Fr.). E 26.929. Plaqueta de fundación de fayenza silicosa procedente del depósito de fundación de un templo de la Isla de Sai (Nubia) del reinado de Tutmés III (Dinastía 18, 1479–1425 a.C.).
43. M.L, P (Fr.). E 1.877.
44. En el verano de 2001 los arqueólogos del Museo de la Universidad de Pennsylvania, en las excavaciones dirigidas por el Dr. Josef Wegner, hallaron el primer ejemplar de estos ladrillos de uso tan especial en la tumba de la Dinastía XIII correspondiente a la noble Renseneb en las afueras de Abydos; aunque sólo se localizó una pieza, serían dos. Ésta aparece ornamentada con la imagen de la madre, sosteniendo al hijo y acompañada por diversas mujeres y por la diosa Hathor, asociada a los nacimientos y a la maternidad.
45. En el B.M se conservan los cuatro ladrillos mágicos de la tumba de Henutmehyt en Tebas, correspondientes a

- la Dinastía XIX (h. 1290 a.C., M.B.L.(G.B.). EA 41.544). El ladrillo de la pared Oeste contiene un pilar (*djed*) realizado en fayenza que representa la columna vertebral de Osiris como amuleto que aseguraba estabilidad y permanencia. El del lado Este estaba rematado por una figura del dios chacal, Anubis, que presidía los procesos de momificación y era el protector de los cementerios. La figura funeraria del ladrillo de la pared Norte se identifica con un *shabti*; los *shabti* con pequeñas figuras de personas que llevan a cabo tareas encomendadas por los dioses en memoria del difunto y que las acompañan en la vida de ultratumba. En este caso, por la inscripción se sabe que desarrollaba tareas agrícolas. El ladrillo de la pared sur contenía un junco para mantener una antorcha ardiendo.
46. Por ejemplo, en el depósito de fundación del templo de Sai (Nubia) del reinado de Tutmés III (1479–1425 a.C. Dinastía XVIII) conservado en el Louvre (M.L.P. (Fr.) E. 26.929–E 27.044), abundan las vajillas de barro.
47. M.L, P (Fr.) N 650, N 808, N 2.253, N 791, N 658, N 790, AF 9.465, E 1.877, E 1.878.
48. En el Museo del Louvre se conservan dos interesantes depósitos ptolomaicos del siglo III a.C. El más antiguo, del reinado de Ptolomeo III (246–222 a.C.) correspondiente al Templo de Médamoud, está constituido por muelas, morteros, ladrillos de fundación y plaquetas, siendo las piezas de materiales diversos (yeso, gres, granito, bronce, coralina y fayenza (M.L, P (Fr.). E 15.374, E 15.375, E 15.376, E 15.377, E 15.378, E 15.379, E 15.380, E 15.381). El segundo, del reinado de Ptolomeo IV (222–205 a.C.), pertenece al templo de Mout y Khonsou en Tanis; contiene piezas de materiales diversos (oro, fayenza silicosa, terracota, cuarcita, lapislázuli, alabastro, plata, cobre, plomo, hierro); en el Museo se conservan más de treinta piezas (M.L, P (Fr.). E 17.462–17.494.